

# LA REVISTA DE BUENOS AIRES

HISTORIA AMERICANA, LITERATURA Y DERECHO

Periódico destinado á la República Argentina, la Oriental  
del Uruguay y del Paraguay:

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN

DE

*Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada*  
(ABOGADOS)

~~~~~  
TOMO III.  
~~~~~



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE MAYO, CALLE MORENO N.º 341 y343

**1863.**

## RECUERDOS DE EGIPTO. (1)

A mis buenos amigos el doctor don Caupolican Molina, Alejandro Baldez y Agustin Mariño

(Conclusion.)

### III.

¡Que espantosa monotonía, que silencio tan solemne, que imponente soledad! Yo he visto entrarse el sol en la gramínea y desierta Pampa; en el Oceano onduloso y sin límites, que predispone la mente á una sublime meditacion; en las selvas espesas del camino de Calcuta á Chandernagor, en el golfo azulado, donde Nápoles baña sus plantas como orgullosa y coqueta Nayedé del Mediterráneo; en los picos nacarados de los Alpes; en la cumbre del Corcovado, monstruo que se refleja en el verdoso espejo de las aguas de la bahía de Río Janeiro; en las márgenes por donde corre la linfa cristalina de los dos grandes rios, en los cuales abrevan sus ganados cuatro provincias argentinas, y en la meseta de Paraguarí, desde donde se divisa una red de riachuelos que se pierden serpenteando en lontananza. Pero jamás he contemplado un cuadro tan grandemente melancólico y siniestro, ni cuyas tintes tenga tan presentes, como la puesta del sol en el desierto adyacente á Suez.

No se descubre en aquel inmenso arenal, cuyos límites son el horizonte, un rastro siquiera de vejetacion; la uniformidad de la planicie es apenas interrumpida por algunos

1. Véase la página 227.

montones de rocas; por una que otra colina longitudinal, formada por un remolino entre cuyas espirales arrebatadoras, quedó sumergida para siempre una caravana; ó por dos tormentas de arena opuestas, pero igualmente poderosas, cuyas moléculas se han adherido al encontrarse y gravitando sobre sí mismas esperan otro vendaval mas fuerte, que las levante, que las desuna y esparza. Véese tambien de vez en cuando un bulto que se mueve á la distancia, haciendo como ondular la haz de la tierra, á la manera de esas largas olas muertas que agitan la superficie del agua en las olas de la marea: es una caravana que desfila paso á paso.

Algunas aves de rapiña, águilas y buitres revolotean audazmente por los cielos, cerniéndose despues hasta tocar el suelo ó el techo de los carruajes, cuyo itinerario siguen al paso que salen de sus escondrijos innumerables buhos, adornados de grandes ojos que mas bien parecen negras cuentas rodeadas de esmalte amarillo, los cuales saltan de roca en roca, volando como si hiciesen pie en el aire, y ora girando sus diformes é inquietas cabezas, cual si estuviesen desconcertadas, ora fijando en uno sus órbitas relucientes y agoreras, anuncian con su presencia la proximidad de la hora crepuscular.

¡Oh! aquel paisaje no es de este mundo.

En el firmamento no hay nubes, ni sombras, y el cielo parece mas bajo que en otras regiones.

El suelo presenta un defecto peculiar, inolvidable; una fisonomía siniestra, cuya perfecta pintura es imposible. Hay cuadros que es menester contemplarlos. La paleta del pintor puede hallar una combinacion de colores que los represente, mas la palabra humana no tiene sino espresiones imperfectas para describirlos.

Así, el color del desierto á la caída del sol no tiene nombre: aquella arena humedecida únicamente por el rocío, tiene un color particular: no se parece á la del mar, ni á la de los rios, ni á la de los médanos coterraneos, es menos negra que la tierra vejetal, y mas oscura que la greda: hay momentos

en que por las descomposiciones de la luz parece dorada. Pero cuando el sol va á ocultarse completamente, cuando los últimos resplandores de su disco destellan apenas una especie de vapor rojizo, el cual parece estenderse sobre toda la tierra, he ahí el momento, sobre todo, en que el desierto es indescriptible.

Seria en vano que exclamando á mi vez, *anch'io son pittore* intentase pintarlo.

¿Creeis que si no hubieseis visto el sol alguna vez, habría pintor que os diese una idea perfecta de sus últimos momentos en un dia canicular?

¿Creeis que si no hubieseis visto alguna vez la luna, habría poeta que os diese una idea perfecta de sus suaves y melancólicos resplandores?

No; el arte copia, imita; pero no reemplaza á la naturaleza, ni aun cuando se trate de la parte gráfica que es lo mas rudimentario.

Una virjen de Rafael,—cuyos limamientos son perfectos, no responde á la idea de la belleza arquetipica; como la Venus de Praxiteles,—cuyos contornos son irreprochables, no responde á la idea de la belleza plástica.

María Santísima era *infinitamente* mas hermosa que la Madona de Rafael.

La Diosa, que nació del seno de una onda, brillante como un rayo luminoso, cuya vida vivificó un soplo divino, y á quien las Horas llevaron en triunfo al Olimpo, debió necesariamente ser *mucho mas* bella que la Venus de Praxiteles.

Yo no puedo deciros, pues, sinó que el desierto en el momento de la entrada del sol, es uno de los espectáculos mas grandiosos é imponentes de la naturaleza.

Mi alma se replegó sobre sí misma al contemplarlo.

Los demás que me rodeaban sintieron tambien esa emocion profunda que es como la revelacion mística de un poder omnipotente, altísimo, divino.

Los dilatadísimos horizontes se limitaban á medida que la claridad del rápido crepúsculo disminuía. La noche avan-

zaba á grandes pasos. Representóseme primero la imájen de la soledad en los primeros dias de la creacion; la eternidad despues. Parecíame ver en cada sombra que pasaba esta fatídica inscripcion:

*Lasciate ogni speranza.*

Por último, la noche desplegó completamente su tenebroso manto.

“The bright sun was extinguished and the stars  
 “Did wander darkling in the eternal space,  
 “Bayless, and pathless, and the icy earth  
 “Swung blind and backering in the moonless air.” (1)

Byron.

Al calor del día que habia sido excesivo, sucedió un aire húmedo y glacial. Fué menester abrigarse. Yo me envolví en mi manta escocesa. Cada cual hizo lo mismo en la suya. En seguida, cubrimos nuestras faldas con una gran frazada, cuyo objeto no era resguardar de la intemperie á los viajeros,—sinó recoger la arena que como cernida por finísimo tamiz penetraba hasta por los intersticios mas sutiles del carruaje.

Hecho esto, cada uno acomodóse lo mejor que pudo en su asiento. La oscuridad era profunda. Apenas nos distinguíamos. Nadie hablaba. El niño de Mme. Waltembach, la rusa, iba despierto; pero el angelito no lloraba.

La noche dá un caracter molesto á nuestros pensamientos. Los míos eran tristes y melancólicos. No recuerdo si pensé en la patria. Pero debí pensar. ¿Quién no piensa en ella cuando está en el extranjero,

“Es la hora en que los tristes corazones  
 “Ven la imájen sombría,  
 “De la esperanza que los sustentaba  
 “Desvanecerse con la luz del día?

(Echeverría).

1. El sol brillante se puso; las estrellas despojadas de sus rayos, vagaron al acaso en el eternal espacio; la tierra, helada y como enceguecida por la ausencia de la luna, permaneció suspendida en una atmósfera tenebrosa.

A nuestro alrededor reinaba un silencio sepulcral, interrumpido apenas por el grasnido de las cenicientas aves de rapiña ó por el *chis chas* del látigo del cochero.

Los coches volaban, y los ensebados ejes de sus ruedas hendiendo profundamente la deleznable arena no hacían ruido alguno.

De repente oímos una voz general de *Hhalás! Hhalás!* es decir, *Alto! Alto!!* y todos los carruajes se detuvieron frente á una especie de *kiosco* cerrado, cuyo pabellon estaba iluminado con linternas de colores.

Era la primera estacion.

Habíamos andado diez millas.

#### IV.

Como esta estacion hay siete mas, perfectamente iguales en servicio, abundancia y lujo.

Es un edificio circular, todo de madera enclavado en el desierto, y tan lejos de todo centro de recursos que hay que andar como treinta leguas á la redonda para encontrar agua potable (1) siquiera y alguna vejetacion.

Sin embargo, nada falta allí. Carne fresca, aves, huevos, jamon, pan, conservas de toda clase, legumbres, dulces, vinos de toda especie, frutas esquisitas y agua destilada.

Hay un salon comun, cuartos ó aposentos particulares, alhajados con lujo, barbero y peluquero, sirvientes y sirvientas que hablan todos los idiomas, inclusive el bengali.

Es aquello un verdadero *oasis* sin verdura, implantado por la mano del hombre en el centro de un mar de arena.

Pero qué digo? *oasis!* No! en el *oasis* fresco y frondoso, deparado al estenuado caminante por la mano de Dios, el Árabe implacable y vengativo que os persigue, antes de decir *vete!* compartirá con vos sus frutas, su queso y su cántaro de agua, ya seais un anciano, un jóven ó un extranjero.

1. A menos distancia hay algunos pozos, como los de Moises; pero su agua es malísima.

La hospitalidad es una ley de Alá. El que la vida es maldito, setenta veces siete veces.

Aquí es otra cosa. La civilización tan cibarita como inhospitalaria se hace pagar todo carísimamente. Es la única parte del mundo donde he visto que el agua del tiempo se venda.

Figuraos que un vaso de agua vale *un* chelin.

Nadie puede entrar al salón común, sin estar munido de una tarjetita que vale *tres* chelines.

Un *private room*, es decir, un cuarto particular vale una libra esterlina por minuto, por hora ó por día.

No es permitido consumir otros alimentos que los del establecimiento.

El pasajero no puede comer sus propias provisiones, sino quedándose en el carruaje, insoportable de día por el sol y la arena; insufrible de noche por el aire colado del desierto que la inacción hace doblemente penetrante.

Tiene casi forzosamente que entrar en el salón común, cuya simple entrada es la más cara de cuantas he pagado y espero pagar.

Y si lleva hambre ó sed, ó tiene buen diente y es bebedor, de seguro que en media hora gasta un dineral; porque me falta añadir que las bebidas y licores solo se venden por botellas.

El almuerzo, que consiste en té, ó café con un par de huevos, vale *cinco* chelines,—sin incluir, por supuesto el agua. Cada vaso son cinco pesos de nuestra moneda que el viajero deposita en su estómago.

La comida, que consiste en sopa, asado y dos ó tres platos más, vale *siete* chelines,—sin incluir los postres.

No recuerdo precisamente el detalle del precio de todos los vinos, pues, en aquel entonces, lo mismo que ahora, pertenecía á la sociedad de templanza. Pero me parece que alguno de mis compañeros pagó *catorce* chelines por una botella de *Medoc*.

La demora en cada estación, donde hay por lo regular

un destacamento militar depende de las circunstancias. No baja nunca de media hora, ni pasa de una.

No en todas ellas se mudan las cabalgaduras. Cada balde de agua para ellas vale *seis* chelines. Tanto esta agua como la que sirve para los viajeros es conservada en cisternas. Grandes caravanas la conducen del Nilo.

## V.

Es tarde de la noche.

No ha ocurrido nada notable.

Hemos recorrido un terreno mas pedregoso.

Hienas y chacales sedientos y famélicos, han seguido largo rato nuestras huellas aullando y ladrando siniestramente.

Estamos en la cuarta estacion.

Van á mudar caballos, y como nos detendremos una hora, si sale la luna podremos visitar al solitario de los solitarios.

## VI.

Ha salido la luna; reverbera una luz amarillenta que acentúa doblemente la melancólica fisonomía del desierto, mucho mas llano en este lugar que en las inmediaciones de Suez.

El solitario de los solitarios, está cerca de la estacion, inmovil, taciturno como una Cariátide, seco, pero engalanado.

Este solitario, es un árbol, una *inmensa acacia*, cuyo grueso tronco acusa la fecha secular de sus años.

Su carencia de hojas es completa.

En cambio, sus ramas están cubiertas de trapos de todos colores; pero con tanta abundancia, que el peso las hace gravitar como si estuviesen profusamente cargadas de fruta.

Este árbol histórico es particularmente venerado por los Musulmanes.

Llámasese *es' ságger el hág*, es decir *árbol de los peregrinos*.

Todas las caravanas que van en peregrinacion religiosa á la Meca, acampan bajo su sombra, durante uno ó dos dias, alabando reverentes al Dios de las *hurics* y á Mahoma su *profeta*.

A la vuelta, cada peregrino arráncase de la tela mas preciosa que viste un pedazo, lleno de recojimiento átaló á uno de sus gajos, de manera que pueda flotar al viento.

Objeto consagrado á la veneracion de un pueblo entero, tocarlo con el fin de despojarlo de sus abigarradas galas es una profanacion sacrílega; de manera que los *tourists* mas *enragés* vense obligados á respetarlo,—teniendo los señores ingleses, que en estos casos son casi siempre los pavos de la boda y los que hacen subir el mercado,—que comprar como reliquias los trapos sucios de cien colores, que venden los pilluelos del Cairo y Alejandría, pretendiendo haberlos recogido cuando el *es' ságger el hág*, se despoja de sus hojas de trapo, en su otoño, que es la estacion de los vientos.

Sucede, pues, con estas reliquias lo que con todas las demas; lo que con el prepucio de Cristo, por ejemplo, del cual dice Voltaire: “está en Roma en la iglesia de San Juan de Latran, la primera que se construyó en esta capital; está tambien en San Yago de Compostela en España; en Amberes, en la abadia de San Cornelio en Compiégne; en Nuestra Señora de la Paloma, en la diócesis de Chartres; en la Catedral de Puy-en-Velaí y en muchos otros lugares.”

Y, sin embargo, el Salvador del Mundo solo fué circuncidado una vez.

## VII.

Recorremos, la peor parte del camino; el que va de la estacion número cuatro, á la número cinco y seis.

Este trayecto es mas accidentado que el anterior, mas pedregoso y á veces está interceptado por largas vetas de roca, que hacen dar barquinazos al carruaje.

El frio es intenso; cae un rocío copioso, parecido al de nuestra Pampa.

Hemos encontrado muchos camellos muertos, y un aduar de beduinos; es una tolderia en círculos concéntricos. El *cheih* queda en el medio.

Lo único digno de mención es un inglés de Bombay.— que se afeita á las dos de la mañana en la estación número cinco.

También se rapa un musulmán en la número seis,—lo cual solo es una excentricidad por la hora.

En cuanto á mi compañero y á mi ¿qué os diré?

Que por recostarnos un rato en la estación número seis hemos pagado libra y media. Caras sábanas! Y ni siquiera fueron desdobladas.

### VIII.

Estamos en la última estación.

Aquí almuerza una lady que viaja con dos jóvenes, al parecer sus hijas. La una tendrá diez y ocho años y la otra veinte y cinco. Las acompaña un perrillo bigotudo llamado *pinch*, que quiere decir narigada. Hácense notables estas damas no por su belleza, ni por otros detalles, sino por la gran cantidad de vino que beben, ó mejor dicho, que prueban: han hecho abrir un par de docenas de botellas tomando cada una de ellas un trago de cada una,—nada más, y, como es consiguiente, han gastado más chelines, que morisquetas han hecho, exclamando *shocking*, sin duda porque los vinos del desierto no les sabían tan bien como los de *Spence's hotel* en Calcuta ó del *Café inglés* en París.

### IX.

La luna no alumbra ya.

El cielo está tachonado de vacilantes estrellas que apenas destellan una claridad malicenta.

Estamos casi en tinieblas; pero pronto saldremos de ellas.

A poco andar, cruzan por delante de nosotros una multitud de gacelas ágiles y veloces como el viento, cuyos ojos relucen en la oscuridad, distinguiéndoselas apenas.

Así como el buho anuncia la noche, ellas son las precursoras del crepúsculo matutino.

Cansadas de huir de las hienas y chacales van á apaciguar su sed en el Nilo y á pastar en sus vegas.

Poco á poco váse arrebolando el horizonte.

“Todo estaba silencioso,  
“La brisa de la mañana  
“Recien la yerba lozana  
“Acariciaba y la flor,  
“Y en el oriente nubloso  
“La luz apenas rayando  
“Iba el campo matizando  
“De claro oscuro verdor.”

Al fin alzóse el sol hermoso y resplandeciente, iluminando hácia una parte el desierto, que parecía esmaltado de ópalos, amatistas y rubíes.—hácia otra una verde campiña poblada de esbeltas palmeras, de acacias y sicomoros. Acá y acullá descúbrense asnos, camellos, dromedarios, vacas y caballos que se apacentan con entera libertad.

Nuestros rostros no resisten al análisis: estamos sucios de arena, desencajados, ojerosos. Es evidente que hemos pasado una noche de perros.

Pero pronto vamos á descansar. Comienzan á delinear-se en lontananza, las mesquitas, sus cúpulas y minaretes.

Estamos muy cerca, mas el sol ha comenzado á calentar el suelo, y el vapor que se levanta intercepta la transparencia de la atmósfera.

Oyese un murmullo sordo, algo que se asemeja al ruido de una caravana que se mueve. Es la proximidad de una ciudad de trescientas mil almas; es el sonar de los cascabeles de miles de camellos y borricos que van á beber al Nilo; es la algarazara de los camellos, y de innumerables mujeres que se diri-

jen á la playa llevando graciosamente sobre sus hombros grandes cántaros de barro, que mantienen en perfecto equilibrio sin tocarlos.

De repente detienen todos los carruajes.

Hemos llegado á una puerta de la ciudad. Llámase *Beb el-Fatah*, y es de buen agüero entrar por ella.

Entremos pues; los soldados que la custodian no se oponen á ello. Podemos penetrar hasta al *barrio franco*, ó de los extranjeros. En una de sus plazas hay un excelente hotel; mejor dicho dos,—el de *Rusia* y el *Oriental*.

Prefiero el último. Voy de la India.

Pero *hace sueño* lector, he pasado toda la noche cabeceando, estoy gracias á Dios, sano y salvo en el Cairo, y quiero dormir....

LUCIO V. MANSILLA.

Rojas, Junio 21 de 1863.

“Post Scriptum”. En el momento de terminar estas plumadas el ejército recibe orden de moverse sobre Córdoba, de manera que no sé si podré cumplir el compromiso que he contraído de continuar. Es mas que probable.

